

PRÓLOGO

No cantes nada,
No exaltes nada,
No mezcles nada:
Define,
Cuenta,
Mide.

EUGENIO D'ORS

ESTE LIBRO se une a la abundantísima bibliografía sobre la Guerra Civil española, una inmensa biblioteca con centenares de publicaciones, y trata de un asunto poco insistido hasta ahora: la literatura escrita y publicada durante esos años en la zona llamada «nacional», olvidada o menospreciada por algunos tratadistas como si no hubiera existido.

El espacio temporal acotado es el comprendido entre el 18 de julio de 1936 y el 31 de diciembre de 1939 pues si bien los últimos nueve meses de este último año no fueron de conflicto bélico, en ellos se escribieron y publicaron algunas obras que deben ser tenidas en cuenta; respecto de las aparecidas en Barcelona y Madrid, ciudades incorporadas muy tardíamente a la zona nacional —caso de la primera— o que nunca fueron nacionales —caso de la segunda—, se hace somera referencia de la actividad cultural desarrollada en ambas en ese tiempo.

No está en mi ánimo establecer comparaciones entre las zonas beligerantes para, por ejemplo, conceder la primacía a una de ellas en algún extremo concreto y reduzco al mínimo las alusiones a la zona republicana a la que siempre denomino así —y no zona «roja»—, como nacional —y no

«fascista»— a su oponente y lo mismo a sus partidarios —republicanos y nacionales, respectivamente—, evitando de este modo denominaciones que pudieran entenderse denigratorias. En todo momento me animó el propósito de guardar la mayor objetividad e independencia ideológica posibles, condiciones ciertamente necesarias si tratamos de hacer historia verdadera y no panfletaria, objetivo desde luego no fácil de conseguir. Me pregunto si me habré comportado debidamente en todas sus páginas.

Repárese en que una y otra vez y muchas veces insisto, quizá hasta el cansancio, en el evidente y desmesurado maniqueísmo o juego de malos y buenos que presidió la confección de gran parte de esa literatura, tendencia que no apruebo pero que, en cierto modo, trato de comprender habida cuenta de las circunstancias españolas entonces reinantes. Aparte semejante rasgo, practicado de manera muy extendida, su lector o espectador se encuentra con demasiada frecuencia ante unos productos literarios de ínfima, escasa o mediocre calidad estética, obra de aficionados que irrumpieron en la república de la letras con mucho más entusiasmo que cualidades para ejercer el oficio de escritores y que no tardando mucho pasarían a engrosar el censo de los justamente olvidados; pero de las torpezas, incorrecciones y graves limitaciones tampoco se vieron libres autores no principiantes y más experimentados. Confieso que en cualquiera de tales casos mi opinión sobre esas creaciones presuntamente literarias está formulada con respeto, sí, pero con la oportuna y merecida dureza crítica.

He procurado documentarme debidamente, utilizando diversas fuentes de información y dispensando a ese material un tratamiento sereno y desapasionado. No busco polémica con nadie porque mi propósito queda bien lejos de la contradicción o confrontación sistemática.

Son diez los capítulos que integran mi libro, de diferente extensión, impuesta por la cantidad y relevancia del material reunido para cada uno de ellos. El primero —*Sociedad y literatura*— es a modo de introducción en el que se abordan cuestiones no siempre de índole literaria y que por ello no tenían encaje preciso en los posteriores; éstos se reparten los diferentes géneros y especies literarios —Teatro, Novela, Poesía, Prensa, Crónicas de guerra, Memorias, Biografías y Ensayos— donde la contienda acusó una presencia mayor o menor; de semejante distribución quedaron excluidos, en virtud de su obra multigenérica, tres autores: José María Pemán, Jacinto Miquelarena y el conde de Foxá.

Capítulo I

SOCIEDAD Y LITERATURA

EL FRACASO del golpe de estado que comenzó el 17 de julio de 1936 en el protectorado español de Marruecos daría paso a una empeñada guerra civil que ocupó cerca de tres años de la historia de España, acentuando la división del país, convertidas las dos Españas política y socialmente enfrentadas en otros tantos estados beligerantes pues entre ellos iba a resultar imposible cualquier intento de mediación pacificadora. Mientras el gobierno republicano con sede en Madrid y el presidente de la nación, Manuel Azaña, trataban de encauzar la nueva situación producida, en el territorio que se configuraría como «zona nacional» algunos importantes jefes militares —entre ellos figuraba Emilio Mola, autodenominado «El Director» del levantamiento— se hicieron cargo del poder constituyendo inmediatamente una llamada Junta de Defensa, sustituida tiempo después por la Junta Técnica del Estado, luego de la cual, establecida la dirección militar y política en manos del Caudillo Francisco Franco, fue cediendo en su tarea hasta que se formó, presidido por éste, un primer gobierno nacional, presentado solemnemente en Burgos —enero de 1938—, sede principal de un estado que alguien llamó «campamental» pues, entre otras características que así lo abonaban, tenía sus servicios oficiales mayores y menores repartidos por varias capitales de provincia dentro del territorio liberado;¹

¹ Antes ya de dicha constitución existió reparto de servicios entre Salamanca y Burgos y, consiguientemente, una curiosa celotipia entre ciudades, organismos y personas al respecto, incrementada si cabe más tarde pues, como señala Serrano Súñer (p. 68 de *Entre Hendaia y Gibraltar*, Madrid, Epsa, 1947) «la estrechez de Burgos impuso una cierta dispersión geográfica del Gobierno. Dos ministerios fijaron su sede en Vitoria, otros dos en

si se quiere, otro rasgo de oposición o diferenciación de ambas Españas en contienda pues frente a Madrid, Valencia y Barcelona que, sucesivamente, harían de capital republicana, su enemiga carecía de capitalidad declarada y consistente si bien Burgos parecía imponerse en semejante pugilato.² Pemán reparó en este hecho diferencial que entendía como un triunfo de las provincias, exaltadas ahora en sus valores de diverso orden frente a la rigidez centralista que suponía la capital Madrid; éstas son sus palabras sobre el particular: «Ahora el Estado español anda por Castilla —por Burgos, por Valladolid, por Salamanca— en estrechas e improvisadas oficinas, con aire de celdas. A mí se me antoja que anda haciendo ejercicios espirituales antes de emprender la nueva vida», complacidamente ratificadas en diversas ocasiones (como al paso, en la autocrítica de su pieza dramática *Almoneda*):

Una de las posturas revolucionarias de esta España nueva ha de ser ésta de devolver la fe, la consideración intelectual, a los núcleos provinciales, ilustrados, en España, por tan finas tradiciones. En nuestro gran siglo, la cultura no era mercancía estancada en unos cuantos cenáculos cortesanos [...]. Fue luego cuando una estrecha cooperativa de escritorillos y pedantes se arrogó en la Corte el monopolio crítico y la infalibilidad pontifical. Hay que retornar a aquello otro).

No fue Pemán el único exaltador de la provincia española ya que en tal propósito le acompañaron entonces otros colegas, caso de Foxá que en el artículo «Las grandes ciudades» (*ABC*, Madrid, 27-IV-1939) va más allá que Pemán en sus afirmaciones y negaciones ciudadanas al contraponer la fe, el entusiasmo y la pureza de las pequeñas en población con las grandes, antaño caracterizadas por «su escepticismo, su bohemia y su anarquía». En algunos concretos aspectos, pongamos como ejemplo lo ocurrido en el teatro (véase en este libro el capítulo *Talía en la Guerra Civil*) y en el movimiento editorial, merced a lo cual varias capitales salieron por algún tiempo del marasmo provinciano en que venían viviendo para desempeñar circunstancialmente papel más alto, convertidas en núcleos de alguna

Santander, uno en Bilbao, en Valladolid otro. Los demás en Burgos, y aún quedaba el *hecho* casi virreinal de Queipo en Andalucía, que sólo lentamente fue cediendo al gobierno las funciones de su competencia».

² Antonio Tovar, a quien puede considerarse testigo de excepción, recordaría que «la llegada a Burgos de las gentes que iban a formar en los distintos escalones administrativos del primer gobierno con cierto aire regular del bando llamado nacional tuvo, en febrero de 1938, algo de alud. De otras partes de la España que llamábamos liberada, como también de entre los que habían escapado de la España revolucionaria, acudían gentes movidas del deseo de servir y de ser útiles, como del bien humano de medrar y auparse sobre el confuso montón de los pretendientes y ambiciosos».

importancia: además de Burgos, lo fueron San Sebastián, Valladolid y Sevilla. Se insistía mucho por periodistas y literatos en la relativa normalidad de la vida en esas y otras localidades de la zona nacional, superadas las dificultades iniciales y de ello se hacen eco, por ejemplo, personajes de algunas novelas que, como los evadidos de la zona republicana en *Las Vestales* (de Juan A. Collantes), tienen ocasión de contrastar la realidad de una y otra zona o, más en la realidad cotidiana, testimonios como el de Luis Moure Mariño³ cuando declara que

en toda la llamada zona nacional reinaba un ambiente de alegría. Creo que nadie dudaba de que los nacionales ganarían la guerra. En la España franquista había de todo. En Salamanca y Burgos los precios eran muy asequibles y por pocas pesetas podía comerse opíparamente en cualquier figón o restaurante. Esta situación de abundancia creó un clima de seguridad que en gran medida contribuyó a que los nacionales ganasen la guerra.

NOTICIA DE LAS PROVINCIAS NACIONALES Y DE VARIAS CAPITALES LIBERADAS

Un recuento de las ciudades de provincia que, salvo San Sebastián, quedaron desde el comienzo de la contienda en la zona nacional es el que ofrece Rafael García Serrano (p. 213 de *La gran esperanza*, Barcelona, Planeta, 1983), fruto de su propia experiencia:

Pamplona no conoció el bullicio de las tertulias político-sociales que hicieron famosos los vestíbulos del hotel Condestable, en Burgos, o del Gran Hotel de Salamanca, o de los acreditados hoteles de San Sebastián. Los grandes refugiados preferían buscar un eco de Madrid o Barcelona en las capitales provincianas de la España nacional, con preferencia Burgos, Salamanca, San Sebastián y Sevilla; Zaragoza olía demasiado a guerra

La incompletitud del recuento se remedia con la incorporación para nuestro objetivo de otras localidades donde hubo cierta actividad de algún interés: es el caso de, mencionadas por orden alfabético, Ávila, Bilbao —liberada en junio de 1937—, Cádiz, Córdoba, Granada, Santander —liberada en agosto de 1937—, Valladolid y Zaragoza, a las cuales me permito añadir Barcelona —liberada en enero de 1939, que no tardando daría señales de franca incorporación cultural— y Madrid, cuya conquista señala el término de la contienda y que, antes de producirse este hecho, fue motivo de execración y llanto pero también de afectuosa nostalgia del bien perdido, todo ello a cargo de bastantes y diversos escritores.

³ *La generación del 36. Memorias de Salamanca y Burgos* (Ediciós do Castro, La Coruña, 1989), pp. 96 y 98.

ÁVILA contó con una de las más movidas academias para la formación de alféreces provisionales y fue ciudad en la que se fijaría el cuartel general de la Jefatura Nacional de Milicias que, como segundo jefe y por encargo de Franco, mandó el general Monasterio; ambos hechos militares supusieron abundante trasiego de tropas que sin duda alteraba la tranquila rutina cotidiana y, también, por la instalación de un aeródromo más de una vez bombardeado por la aviación republicana.

No extrañará que, dada su proximidad a la capital de la nación, Ávila se convirtiera en un lugar para refugiados que huían de Madrid y a ello se referiría tiempo después (abril de 1937) el corresponsal de *ABC*, J. Mayoral Fernández (artículo «Víctimas de la Casa del Pueblo»):

Todos llegaron a Ávila con el traje puesto y con él continúan. Quien lo lleva bajo un gabán prestado, quien bajo la pelliza de un amigo. Los obreros tienen asiento en el Comedor de Caridad. Los patronos se han cobijado en las casas de amigos y conocidos.

(El periodista declara seguidamente que el día antes había saludado en el Hotel Inglés a Juan Ignacio Luca de Tena, que llegó hace unos días acompañando al general Varela). Uno de esos refugiados, complacidamente instalado en la ciudad durante algún tiempo, donde escribió y publicó sus libros de tema bélico-político, era Joaquín Pérez Madrigal, que en las páginas 219-220 del titulado *Augurios, estallido y episodios de la guerra civil* (1936; acaso el primero de esa especie que vio la luz) hacía constar que

Ávila se ha rejuvenecido. Venas potentes de rica sangre juvenil la [sic] infunden bríos, movilidad y alientos para una acción decisiva... ¡Madrid está cerca! El Mercado Grande es el salón de recibir. Todos los días, a todas horas, Ávila recibe miles y miles de visitas... Se charla, se ríe, se pasea, se oye música, se espera, se espera...;

lo que se esperaba para cualquier día muy próximo era nada menos que la conquista de Madrid pero mientras ésta llegaba los industriales abulenses del gremio impresor y librero sacaban a luz folletos y libros, en prosa y en verso, relativos a la contienda, obra de escritores aficionados deseosos de contar su caso en aquellos días y circunstancias, con más entusiasmo y apasionamiento que buen estilo literario. Sigirano Díaz y Senén Martín eran los impresores, editores y libreros, coadyuvantes diligentes a semejante inflación publicística, desconocida en Ávila y, por lo mismo, sorprendente. En ese conjunto traído por las circunstancias se diferenciaban temáticamente los manuales de Lengua y Literatura para bachillerato del catedrático del instituto madrileño de San Isidro José Rogerio Sánchez,

textos muy aceptados entonces, junto a un libro de Antonio Veredas Rodríguez, cronista de la provincia, sobre el hijo de los Reyes Católicos, *El príncipe Juan de las Españas, 1478-1497*, publicado en 1938 y presentado como un «Bosquejo histórico del malogrado heredero de los Reyes Católicos, cuya prematura muerte por amor desvió bruscamente el rumbo de nuestra Madre Patria y destrozó la vida de la gran reina Isabel de Castilla». Varios libros de versos, cortados por el mismo patrón patriótico de exaltación nacional y repudio republicano —como *Melodías de guerra. (Impresiones líricas de un artista)*, del cantante Luis Sagi Vela, que «describe maravillosamente sus impresiones líricas de los distintos frentes donde prestó servicios como voluntario» (1937) y *Romances azules*, de J. Gómez Málaga (1938)— completan el abundante y mediocre catálogo abulense.

BURGOS. Pese a lo apuntado respecto a un estado «campamental» que parece no tener una ciudad que ostente de manera definida su capitalidad, lo cierto es que Burgos terminó imponiéndose a las restantes posibles candidatas e incluso aparece como tal en el título de algún libro reciente;⁴ acaso tenga razón el huido de la zona nacional Antonio Ruiz Vilaplana cuando sostiene que «la razón de la elección de Burgos como capital de la España nacionalista es de orden interno y de matiz político» aunque no profundice en una demostración convincente.⁵ ¿Qué motivos habría para que esta ciudad se convirtiera en residencia desde días antes del 18 de julio de dirigentes derechistas como Pedro Sainz Rodríguez, Antonio Goicoechea, los condes de Rodezno y Vallengano o el internacionalista José Yanguas Messía? Aunque la dispersión ministerial y de altos organismos oficiales fuera grande después de constituido el primer Gobierno nacional, Burgos retuvo buena parte de ellos como el Cuartel General que se estableció en una quinta de la familia Muguiro, situada en las afueras de la ciudad en el paseo llamado de la Isla, reservada exclusivamente para la Jefatura del Estado y el Estado Mayor. Reinaba en Burgos una apreciable normalidad si atendemos el testimonio de Francisco de Cossío (artículo «Burgos, capital de España», *Diario de Burgos*, 4-VIII-1936): «Corren los niños por los jardines, los transeúntes invaden las vías, lentos, perezosos, sin prisa; en las terrazas de los cafés se departe sosegadamente», más acrecentada con el paso del tiempo; el mencionado Ruiz Vilaplana recuerda desde su refugio de huido en el extranjero, como nota singular de la ciudad, el frecuente y potente campaneó (pp. 52-53 de *Doy fe...*):

4 Pienso en el de Luis Castro titulado *Capital de la Cruzada. Burgos durante la Guerra Civil* (Barcelona, Crítica, 2006).

5 Antonio Ruiz Vilaplana *Doy fe... Un año de actuación en la España nacionalista* (París, 1938).

Es una sinfonía gigante, un bramar continuo de hierro y bronce, que absorbe por completo toda la vida en la ciudad: cuando suenan las campanas en Burgos, toda la población es un inmenso diapasón, una caja amplia de resonancia donde el aire es ruido y la catedral es eco y todo queda supeditado a aquel vibrar litúrgico.

La Junta de Defensa, primero, y la Junta Técnica del Estado, después, sucediéndose la una a la otra, dieron paso a un gabinete menos dependiente del ámbito militar y ello ocurría en buena parte merced a la preeminencia lograda por Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco, ahora y durante algún tiempo algo así como su brazo derecho o a manera de jefe de un estado mayor civil tal como el entonces coronel Juan Vigón lo era del militar. Después de dolorosas vicisitudes sufridas en el Madrid republicano consiguió escapar del mismo y «el día 20 de febrero de 1937 crucé el puente internacional de Hendaya para entrar en la tierra española liberada por las fuerzas nacionales»;⁶ Maximiano García Venero, testigo muy directo de sus avatares salmantinos y burgaleses, escribiría años más tarde⁷ que

su presencia en la zona franquista representó una elevación del nivel intelectual de la política. [...] Serrano traía rigor y propósitos de ensanchar la base — hasta entonces puramente militar— de los poderes de Franco. Con él se podía dialogar acerca de Hegel, Kant, Sombart, Marx, Lenin, Sturzo ... Estaba, como acontecía en el caso de José Antonio, sobre el bajo horizonte gris de las derechas españolas.

Volvamos al ambiente de la capital burgalesa, donde los hoteles Norte y Londres, primero, y el Condestable, inaugurado a marchas forzadas, después, alojaban a los forasteros más importantes. Mientras las fondas, las pensiones y casas particulares en gran número, que alquilaban habitaciones, hospedaban a los restantes, numerosa población flotante; funcionaba en su ayuda una llamada Oficina de Alojamiento. Foxá, forastero destacado, recordaría años más tarde (artículo «Burgos en la nostalgia», *El Español*, Madrid, 30-X-1943) lo que era la ciudad castellana entonces y lo que hacían sus habitantes:

Burgos ha sido durante cerca de dos años alegre y vigorosa capital de las victorias. Domingos de la guerra con su sol frío y su cielo azul sobre las arboledas de la Isla. En el *Espolón* pasean las muchachas de Burgos con los alféreces provisionales. Colgaduras en los miradores, los protocolarios días de presentación de credenciales. Burgos ha sustituido a Madrid. La vieja Diputación

⁶ Ramón Serrano Súñer, *ob.cit.*, p. 17.

⁷ Maximiano García Venero, *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)* (Madrid, 1970), p. 177.

reemplaza al lejano Ministerio de Gobernación y el Ministerio de la Guerra se ha instalado sobre el teatro. *Tudanca*, con sus tés y empanadillas, remeda al *Bakanik* de la calle de Olózaga; y en el *Oro del Rhin*, con sus terciopelos rojos, sus gatos, sus cornucopias y su leche merengada, Antonio Tovar intenta resucitar las viejas tertulias literarias de la *Granja el Henar*.

Puede hablarse de una fuerte presencia cultural en la ciudad representada relevantemente por el grupo en torno a Serrano Súñer y a Ridruejo, su hombre de confianza, y del que formaban parte periodistas —Carlos Sentís, Juan Ramón Masoliver, Pedro Salvador, Luis Moure Mariño, Agustín del Río Cisneros, José Antonio Giménez Arnau—, escritores —Luis Felipe Vivanco—, profesores universitarios —Laín Entralgo, Antonio Tovar, Xavier de Salas—, artistas —los pintores Juan Cabanas, que dirigía un servicio oficial de plástica ayudado por el catalán Pedro Pruna, José Ramón Escassi, José Caballero, el escultor Emilio Aladrén—, cinéfilos como Manuel Augusto García Viñolas, directores de teatro como Luis Escobar, y de la radio, como Cipriano Torre Enciso y el famoso locutor Fernández de Córdoba; y otros muchos, empleados por ejemplo en la Editora Nacional —caso de Rogelio Pérez Olivares y de Antonio Macipe, experto conocedor éste de los problemas del libro en España—; todos cumplían tareas diversas de importancia desigual, trasplantados algunos desde Pamplona. Del núcleo burgalés partirían iniciativas colectivas como la composición del libro *Los versos del combatiente* (1938) o la fundación del semanario *Destino* por obra y gracia de un grupo de falangistas catalanes. En una entrevista a Serrano Súñer en 1976, bien distante en el tiempo de los hechos referidos, recordaba el ya apartado político⁸ que

todos los intelectuales que en Burgos colaboraron conmigo han recordado siempre la ilusión, la esperanza y el rigor que pusimos entre todos en aquellas horas que creíamos definitivas para España. Sólo una visión sectaria puede confundir nuestro empeño de entonces con un servicio más a lo meramente reaccionario y dictatorial.

Aparte de semejante actividad hubo otras en el Burgos de la guerra civil a cargo de varias editoriales y revistas, merecedoras de alguna atención. Es el caso de *Razón y Fe*, una de las revistas culturales alentadas por la Compañía de Jesús, reanudada su publicación en septiembre de 1937 y donde, por ejemplo, hacía crítica de libros recientes el padre Fernández Almuzara; la dirigía el jesuita Joaquín Aspiazú, autor muy conocido por sus numerosas publicaciones, que viajaba cada mes de Bilbao a Salamanca

⁸ Firma la entrevista Fernando González en el nº 11 de la revista *Historia Internacional*, Madrid, febrero 1976, p. 20.

para pasar sus originales por la censura de la que consiguió, v. g., permiso para la inserción de la encíclica de Pío XI contra el nazismo hitleriano; más o menos declarada cabe referirse a una actitud antifalangista en los editoriales de la revista que, con el sello editorial RAYFE, patrocinó la edición de libros como *Vidas ilustres* (1938), del periodista Juan Hernández Petit, un conjunto de breves biografías de militares y políticos nacionales destinadas a la lectura de los niños, transmitidas antes por Radio Nacional de España, donde trabajaba el autor, o los del padre Aspiazu —*Orientaciones cristianas del Fuero del Trabajo* (1938) y *El estado católico* (1939)—: en el primero se aplaudía la concordancia existente entre la doctrina social de la Iglesia y las leyes promulgadas en la España nacional y en el otro se indicaban las directrices de obligado cumplimiento a juicio del autor para que el nuevo estado que trataba de configurarse resultara efectivamente un estado católico.

Funcionaba también una denominada Editorial Requeté con marcada atención para los autores y libros de ideología tradicionalista, caso del prolífico Antonio Pérez de Olaguer, que cultivó diversos géneros y especies literarios como el reportaje —lo son sus libros acerca del «Terror rojo» en Cataluña (1937) y Andalucía (1938)—, la novela —*Lágrimas y sonrisas* (1938)— y la historia —*Los de siempre. Hechos y anécdotas del Requeté* (1937)—, todos ellos muestra evidente de una decidida actitud beligerante. Con prólogo del periodista Juan Pujol y dentro de una colección llamada «Libros de la Guerra» apareció en 1937 un libro reivindicativo del jefe carlista Manuel Fal Conde, expulsado de la España nacional por sus desavenencias con Franco; su preparador Fernando Miguel Noriega traduce una serie de textos periodísticos extranjeros de los cuales se desprende opinión favorable para el político protagonista.

Dos volúmenes publicados en 1937, impresos en Burgos por Aldecoa, imprenta familiar que andando el tiempo —1942— sacaría la primera edición de *La familia de Pascual Duarte*, alcanzarían en seguida buen éxito: se trata de la biografía de Franco debida al periodista Joaquín Arrarás, de la cual llegaron a tirarse nueve copiosas ediciones entre abril de 1937 y diciembre de 1939, y de la dura arremetida a cargo de Enrique Súñer, catedrático de Medicina en la Universidad de Madrid, contra algunos colegas suyos e intelectuales en general, *Los intelectuales y la tragedia española*, a quienes culpa de ésta.

La persecución a la Masonería, que contaba en España con buen número de miembros empezando por algunos destacados políticos republicanos y siguiendo por militares, profesores, médicos, etc., fue una de las acciones represivas más características de las efectuadas en la zona nacional pese a excepciones tan sorprendentes como la de Miguel Cabanellas, capitán general de la región militar de Zaragoza, que fue nombrado presi-

dente de la Junta de Defensa nacional a los muy pocos días de comenzada la guerra, pero en la mayoría de los casos la afiliación masónica constituía grave peligro para sus fieles; la Masonería, junto con el Comunismo y el Judaísmo, era una de las bestias negras del nuevo régimen y en la prensa, la radio y los discursos políticos se la mencionaba con frecuencia y duramente. El escritor baleárico Francisco Ferrari Billoch, por ejemplo, mostró su conocimiento de la secta en varios apasionados libros denunciándola, pero quien batió todas las marcas de agresividad al respecto fue el jesuita padre J. Tusquets que, residente en Burgos, animaba unas llamadas Ediciones Antisectarias donde él y otros colaboradores, identificados con su intención debeladora, publicaron una serie de libros (folletos más bien) que revelaban la extrema peligrosidad masónica: son nueve títulos, publicados en 1937 y 1938, debidos al mismo jesuita director o a gentes como J. M. Ojeda —que informa sobre la *Vida política de un grado 33* (1937)—, el barón de Santa Clara —*El judaísmo* (1938)—, Benjamín Bentura —*Por quien fue asesinado Calvo Sotelo* (1938)—, Francisco de Vélez —*Rasgos inéditos de don Fernando de los Ríos* (1938)— o Carlos Domí —*La quiebra fraudulenta de la República* (1937)—; sus pocas páginas y su baratura ayudaban a una amplia difusión.

CÁDIZ, Córdoba y Granada son, junto con Sevilla, ciudades andaluzas donde se registró en los años de la contienda alguna actividad editorial. Los gaditanos establecimientos Cerón y Librería Cervantes trabajan en dicho tiempo y ofrecen al final del período nutrido y variado catálogo de publicaciones entre las cuales cuenta destacadamente la *Antología poética del Alzamiento 1936-1939*, preparada por Jorge Villén, secretario de Pemán y quizá asesorado por éste. Figuran en él periodistas y escritores como Antonio Olmedo, entre los primeros o, entre los segundos, José Andrés Vázquez y José Muñoz San Román, más dedicados ahora a la novela que suele ser narración no muy valiosa de sucesos bélicos; junto a ellas, algún relato del cautiverio como *Madrid rojo. Últimos días de la Cárcel Modelo* (1937), presentado como «emocionantes episodios de la vida en la Cárcel Modelo desde la iniciación del glorioso Movimiento Nacional», obra de El preso número 831, seudónimo tras el que se oculta el marino Julio Guillén, futuro almirante y numerario de la Academia de la Lengua. La relación mantenida entonces entre la España nacional y Portugal llevó a algunos periodistas de este país a visitarla y a escribir sobre ella y la guerra que mantenía, artículos recogidos después en volumen y traducidos en seguida a nuestra lengua: Cerón publicó los debidos a Arthur Portela (*En las trincheras de España*), Leopoldo Nunes (*Madrid trágico*) y Mauricio de Oliveira (*La tragedia española en el mar, Las dos Españas en el mar y Marineros de España en guerra*), que tradujo José Andrés Vázquez.

CÓRDOBA. En Córdoba destaca la existencia de la editorial Nueva España, especializada por lo que conocemos en novela rosa que en las circunstancias de aquel momento solía conjugar los valores patrióticos y bélicos con lo sentimental privativo de esa especie, cultivada por escritoras como Concha Linares Becerra, la más conocida de todas ellas, o María Sepúlveda. Una excepción a esta regla en su temática sería *Retaguardia*, en cuyas páginas ofrece Concha Espina una desgarradora imagen del Santander republicano. Algunos de los volúmenes que recogen las crónicas de guerra escritas por «El Tebib Arrumi» (seudónimo de Víctor Ruiz Albéniz) llevan también el sello editorial de Nueva España.

GRANADA. La librería Prieto, de gran tradición en Granada desde tiempo atrás, casi acapara ahora las publicaciones que vieron la luz en esta ciudad, mayoritariamente de asunto relativo a la guerra civil como es el caso de *Azaña y ellos. Cincuenta estampas rojas* (1938), de Francisco Casares, sucintas semblanzas desfavorables de otros tantos jefes y jefecillos republicanos que se juntan, por su condición genérica, al libro de Yno Bernard sobre *Mola, Mártir de España. La vida. La muerte. Posteridad* (1938), biografía apologética o hagiografía del general ya fallecido. Biografía también muy elogiosa del protagonista es la dedicada por Ángel Cruz Rueda a Palacio Valdés, refundida ahora y ampliada en una segunda edición (la primera data de 1925). El resto del catálogo son más libros de guerra y política —crónicas, narraciones, ensayos— como los del cronista oficial de Granada Cándido Ortiz de Villajos, o *La tragedia espiritual de Vizcaya* (1938), obra del presbítero Rafael García y García de Castro, una consideración acerca de la postura adoptada por una parte del clero y de los fieles vascos adictos al Partido Nacionalista ante la división que supuso nuestra guerra, postura que el autor no comparte.

PAMPLONA. Me pregunto si tiene razón Sánchez Ostiz cuando en su prólogo a una selección de los trabajos periodísticos de Ángel María Pascual, *Silva curiosa de historias* (Pamplona, Pamela, 1987), afirmaba que «en aquellos años de la guerra civil Pamplona fue una pequeña Atenas militarizada y contó con la presencia de D'Ors —aquí, en el *¡Arriba España!*, escribiría su nuevo glosario que luego reuniría bajo el título de *La Tradición*—, Laín Entralgo, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Gonzalo Torrente Ballester», nombres a los cuales García Serrano, defensor asimismo de semejante esplendor, añade los de Ángel B. Sanz, Álvaro Cruzat, Conrado Blanco, Manuel Iribarren y Martín Almagro. La redacción de ese diario, las tertulias dirigidas por D'Ors, la ambiciosa empresa de *Jerarquía* (revista y ediciones de libros), la figura singular del canónigo Yzurdiaga; acaso entonces o después, otras presencias como la de los redactores de la revista